

La lucha contra la violencia antiasiática no puede incluir la apología del Estado chino

Via [International Viewpoint](#)

Los asesinatos del mes pasado de mujeres asiáticas que trabajaban en masajes en Atlanta marcaron otro hito devastador en una reciente ola de violencia antiasiática alimentada por el racismo pandémico y la retórica sinofóbica de la administración Trump en su rivalidad con China. Con una postura de línea dura contra China que se está convirtiendo, como bromeó un experto, en uno de los pocos asuntos bipartidistas importantes que quedan en el Congreso, los izquierdistas y progresistas parecen haber recibido un duro ultimátum: condenar los crímenes del represivo Partido Comunista Chino (PCCh) a riesgo de avivar las llamas de una «nueva Guerra Fría», o resaltar la agresión de Estados Unidos contra China a expensas de proporcionar solidaridad a los trabajadores y disidentes chinos.

La falta de una alternativa coherente a este doble obstáculo ha proporcionado la oportunidad perfecta para que los grupos de «izquierda» y «antiguerra» pro PCCh fusionen su discurso con un movimiento antirracista asiático-americano revivido pero contradictorio. Muchos izquierdistas de Occidente (incluidos los asiático-americanos) han justificado su silencio hacia los disidentes chinos bastardeando el concepto del derecho de un pueblo a la autodeterminación. Argumentan que hay que dejar que el pueblo chino gestione sus propias contradicciones y luchas, reduciendo convenientemente la diversidad de estas experiencias vividas en el continente y en la diáspora. Esto perpetúa la monopolización de las identidades chinas por parte del Estado chino.

La posición antiguerra de Estados Unidos ha sido definida en gran medida por la Coalición ANSWER, que ha mantenido una hegemonía virtual sobre el movimiento antiguerra de Estados Unidos desde la guerra de Irak, neutralizando el espacio para organizarse en contra de la agresión imperialista por parte de aquellos estados que ellos ven como «opuestos» al imperio estadounidense. Como era de esperar, su respuesta al aumento de la violencia antiasiática fue la organización de un día de acción nacional que combinó «Stop a la violencia antiasiática» y «Stop a los ataques a China» en un solo eslogan. Aunque la combinación de estos mensajes puede parecer inocua, en realidad, la fusión de la violencia contra los asiáticos y los conflictos a nivel estatal impide la lucha contra la sinofobia y el racismo, ya que fomenta el conflicto geopolítico artificial entre las élites estadounidenses y chinas, y enfrenta a los asiáticos normales y a la diáspora asiática.

En efecto, lo que parece ser un consenso blando entre estas dos amplias movilizaciones contra la violencia antiasiática para limitar nuestro enfoque únicamente a la agresión estadounidense no ha hecho más que reforzar la posición de los apologistas que pretenden convertir este momento de crisis en un arma para neutralizar las críticas contra el PCCh. Mientras que estos diversos grupos sólo ofrecen una opción binaria, un estrechamiento de las opciones en medio de una retórica cada vez más estridente de la Guerra Fría, la izquierda puede y debe proporcionar alternativas concretas que se resistan a los daños de todo tipo contra los asiáticos en todas partes. Esto debe implicar un replanteamiento de la forma en que se ha enmarcado durante mucho tiempo la organización contra el PCCh en la diáspora: En su lugar, debemos hacer hincapié en las reivindicaciones internacionalistas que pueden dar cuenta de las interconexiones entre los motores represivos de los EE.UU. y el PCCh, tendiendo un puente entre las diversas luchas anticapitalistas, antiautoritarias y antirracistas desde abajo.

No es el momento de la unidad

Al igual que la demonización del Estado chino junto a su pueblo contribuye al racismo en Occidente, el borrado de las voces asiáticas y asiático-americanas que se resisten a la represión estatal del PCCh refuerza su propio tipo de violencia. Esta falta de matices a la hora de dar cuenta de las diversas perspectivas limita nuestro horizonte a la hora de organizar a las comunidades asiáticas contra las redes interconectadas de violencia sistémica. Los esfuerzos de Trump para apuntar a los estudiantes internacionales el año pasado colocaron a cientos de miles de estudiantes chinos, hongkoneses y otros asiático-americanos en una posición peligrosa: desde el miedo a la represión política hasta otras formas de prejuicios asociados tanto a las restricciones pandémicas como a otras injusticias sociales, muchos de estos estudiantes habrían sido deportados de vuelta a un hogar en el que se sienten inseguros y no bienvenidos.

En un sistema globalizado de violencia antiasiática, no se puede compartimentar la lucha antirracista dentro de las fronteras nacionales de determinados Estados. Los tiroteos de Atlanta nos recuerdan que las trabajadoras del sexo y de los masajes -muchas de las cuales son inmigrantes asiáticas- llevan mucho tiempo siendo estigmatizadas y criminalizadas por los programas draconianos contra el trabajo sexual inherentes a los marcos legales, desde el sistema chino de hukou hasta la legislación estadounidense contra la trata de personas, lo que a menudo las empuja a un circuito de desplazamiento y migración desde Hong Kong a Nueva York. El programa de represión del PCCh contra los uigures, de mayoría musulmana, y otras minorías étnicas en «Xinjiang» toma prestado de los métodos de contrainsurgencia y policiales de Estados Unidos, reforzando así su propio régimen de racismo antiasiático al conectarse con la islamofobia. El capital estatal chino, en connivencia con el gobierno local de la ciudad y los promotores corporativos transnacionales, también ha estado a

la vanguardia de la promoción del aburguesamiento en enclaves asiático-americanos como Flushing. Estos casos de opresión estructural contra los asiáticos y la diáspora asiática se esconden bajo la alfombra en un marco que confunde todas las críticas al PCCh con el «ataque a China» racista. Esta confusión demuestra la realidad de que la lucha contra la violencia antiasiática debe requerir distinciones ideológicas, organizando y resistiendo a aquellos de nuestras comunidades que simplemente defienden un sistema de opresión sobre otro.

La incapacidad de la comunidad de la diáspora asiática para organizarse en torno a una crítica radical del PCCh a la luz de las complejidades de las tensiones entre Estados Unidos y China y de la realidad del racismo antiasiático es un síntoma de un problema mayor: que la violencia antiasiática ha creado una atmósfera discursiva en la que trabajar a través de las contradicciones dentro de nuestras propias comunidades se considera una posición de privilegio o incluso de perjuicio, en lugar de una necesidad para la liberación colectiva. En este sentido, la demanda de los liberales y conservadores de la diáspora asiática de más vigilancia policial y la defensa acrítica de la violencia del Estado chino por parte de los izquierdistas pro PCCh pueden considerarse dos caras de la misma moneda. Tras los asesinatos de Atlanta, no es el momento de la unidad: Debemos demarcar las líneas políticas dentro de nuestras comunidades para responsabilizar a los asiáticos y a los estadounidenses de origen asiático, ya sean celebridades o élites empresariales que han sostenido sistemas de explotación, o negadores del genocidio y otros apologistas del terror de Estado, que valoran ciertas vidas por encima de otras marginadas en nuestras comunidades.

Al mismo tiempo, la dificultad para separar las políticas de «mano dura con China» del Congreso y la sinofobia debería ser una llamada de atención para las infraestructuras dominantes de organización contra el PCC en Occidente, especialmente de los grupos de la diáspora hongkonesa, taiwanesa, uigur,

tibetana y otros disidentes. Al excepcionalizar los crímenes del PCCh y negarse a reconocer cómo los mismos sistemas a los que han apelado en busca de ayuda han ayudado a construir los mecanismos del capitalismo de estado autoritario chino, los grupos de la diáspora han permitido voluntariamente que el establishment imperialista estadounidense contenga nuestros términos de lucha, distorsionando el camino hacia la liberación. De hecho, Hung Ho-fung tiene razón al señalar que no debemos «renunciar [...] a una postura crítica sobre las acciones del gobierno de China en materia de seguridad nacional y derechos humanos por temor a una reacción contra los asiático-americanos», pero se equivoca al señalar que nuestras estrategias deben depender de «la consideración del interés nacional de Estados Unidos». Hung se olvida de criticar cómo el modo dominante de los hongkoneses de abogar contra el PCCh en los últimos años es incompatible con un auténtico movimiento contra la violencia sistémica antiasiática. Su descuido es representativo de una importante limitación política en la organización contemporánea de la diáspora contra el PCC en general: La lucha contra el PCCh no puede llevarse a cabo sin tener en cuenta las injusticias sistemáticas del imperialismo estadounidense, lo que significa que debemos replantearnos radicalmente cómo hemos llevado a cabo nuestra labor de presión internacional hasta este momento. Estos nuevos paradigmas deben surgir de la profundización de los intercambios, no de forzar cuñas, entre los organizadores existentes en las luchas contra la violencia del PCCh, el imperialismo estadounidense y el racismo antiasiático.

Una política de coalición alternativa

En realidad, muchos organizadores de la diáspora asiática que son críticos con el PCCh han estado en la primera línea de la organización contra la violencia antiasiática y el imperialismo estadounidense, a través de la organización de los inquilinos, la defensa de los trabajadores del sexo y los

movimientos obreros, entre otros. Descuidar estas interconexiones en el trabajo político no sólo pone en peligro la seguridad de los organizadores de la diáspora asiática, sino que limita nuestra capacidad de promover el cambio sistémico. Como organizador de inquilinos de Chinatown y parte de la diáspora hongkonesa y china, me siento inseguro al verme obligado a unirme a un frente común con activistas y organizaciones (como los grupos asociados a ANSWER) que defienden que personas como yo sean detenidas -o algo peor- en mi ciudad. ¿Acaso el movimiento contra la violencia antiasiática en la diáspora no tiene cabida para estas experiencias y perspectivas vividas?

Sin embargo, ya se está desarrollando un tipo alternativo de política de coalición en el diverso ecosistema de organizadoras que se niegan a ver la abstención de la crítica al PCCh como una solución a la violencia en nuestras comunidades. Las feministas organizadas de la diáspora china insisten en organizar estrategias que hagan hincapié en las acciones transfronterizas y progresistas en primera línea sin que su «posición política sea definida por el gobierno chino». La organización de hongkoneses de la diáspora, con sede en Los Ángeles, condena la larga historia de violencia contra los asiático-americanos, a la vez que «se une a nuestros aliados para luchar contra la discriminación» y trata de «empoderarse y aprender adecuadamente la historia de los asiático-americanos». Algunos uigures y chinos estadounidenses abogaron por unir sus causas contra el PCCh con la lucha en curso contra el racismo antiasiático en una reciente manifestación en D.C., al tiempo que señalaban su solidaridad con los trabajadores del sexo, los negros, los indígenas y otras personas de color.

Con este objetivo clave de aumentar la conciencia política independiente y construir coaliciones desde abajo entre los movimientos en mente, también es hora de un conjunto concreto de alternativas de política exterior que puedan hacer

responsables a los sistemas de represión que se refuerzan mutuamente entre los Estados-nación de EE.UU. y China, por debajo de la ruidosa retórica de la «nueva Guerra Fría». Como nos recuerda Dai Jinghua, el marco de la «nueva Guerra Fría» a menudo oculta el marco globalizado de la explotación capitalista de las comunidades marginadas, de manera que «ni China ni EE.UU. pueden... ofrecer ninguna opción de camino fuera del capitalismo global ni ningún plan para resolverlo».

Tobita Chow y Jake Werner ofrecen puntos de partida útiles en su marco de «internacionalismo progresista»: plantear demandas internacionales para mejorar las normas y la responsabilidad en torno a los derechos laborales, la justicia de los migrantes y el cambio climático, todo lo cual llama directamente la atención sobre las relaciones de colaboración de larga data que refuerzan los poderes represivos tanto de Estados Unidos como de China. Esto puede alejar el marco de las políticas de «mano dura con China» que afianzan los sentimientos racistas contra los pueblos asiáticos y refuerzan una lucha geopolítica que no beneficia a nadie más que a las élites, al tiempo que atacan los puntos débiles de los Estados-nación que mantienen regímenes de violencia entrelazados contra las comunidades asiáticas en todo el mundo.

Estas estrategias de reforma sistémica global y de rendición de cuentas pueden ser, en última instancia, inalcanzables a largo plazo, pero pueden allanar el camino para las demandas transitorias que sacan a la luz las contradicciones inherentes al sistema capitalista global. Podemos hacer todo esto a la vez que reforzamos el poder político y la capacidad de organización de las masas de gente corriente, especialmente de los asiáticos y asiático-americanos atrapados en el fuego cruzado de la supremacía blanca, el conflicto de las grandes potencias y la explotación capitalista. Debemos resistir a quienes en nuestras comunidades utilizan estas muertes como arma política al servicio de otro proveedor de violencia

contra los asiáticos, al igual que combatimos a quienes utilizan este momento para avivar el antinegro y pedir más vigilancia policial. Y esto debe ocurrir sin dejar que el movimiento contra la violencia antiasiática se convierta en otra moneda de cambio entre dos superpotencias represivas.